Cada mes eres tú

Poly Godoy

Latidos
EDITORIAL

©Latidos Editorial
Primera edición en Chile, diciembre 2024.
ISBN: 978-956-09673-4-3

Todas las ilustraciones en el interior y exterior del libro pertenecen a:

©2024, Catalina Giselle Toloza Espinoza /Springkolors

Editora:
Cecilia Catalina Ormeño Torres

Diseño y diagramación:
Catalina Giselle Toloza Espinoza

Glosario:
Cherié Estela Quidel Nuñez

Todos los derechos reservados.
Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmentes previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Impreso en: Gráfica LOM.

Tipografía: Biblioteca.

A ti, que amas sin miedo y
que has luchado por esa persona
en los lugares más adversos.

«Hay besos que pronuncian por sí solos
la sentencia de amor condenatoria,
hay besos que se dan con la mirada
hay besos que se dan con la memoria».

Gabriela Mistral

Querida comunidad:

SANTA INÉS
COLEGIO PARA SEÑORITAS

Este 2024 les damos una cálida bienvenida a un nuevo año escolar, el que promete estar lleno de vivencias enriquecedoras y aprendizajes valiosos para todos. Esto con el objetivo de que, como siempre, nuestras alumnas vivan experiencias inolvidables en nuestro querido Colegio para señoritas Santa Inés.

Como institución, nos comprometemos a priorizar el aprendizaje y la formación valórica de nuestras alumnas, pues reconocemos la importancia de fomentar el liderazgo juvenil, la creatividad, los deportes, las actividades pastorales y el compromiso activo con la ciudadanía de forma solidaria e inclusiva. Todo esto lo hacemos *con el corazón en Dios y la mente en el conocimiento,* como dice nuestro emblema.

Contamos con ustedes para que, en compañía de nuestro señor Jesucristo, podamos mantener a nuestro colegio entre los mejores.

Atentamente,

Sandra Fosse

Directora del Colegio
para señoritas Santa Inés

Hermana Sofía Zürich

Subdirectora del Colegio
para señoritas Santa Inés


Marzo

1

Sus padres también bajaron del auto y, como si no tuvieran a nadie con quien conversar en sus trabajos, se pusieron a parlotear con los apoderados de otras alumnas. Mientras, ella se hacía un espacio para verse en el brillante cristal de la puerta principal, por la que poco a poco entraban las estudiantes para dar inicio a un nuevo año escolar en el prestigioso Colegio para señoritas Santa Inés.

La antigua fachada del establecimiento se presentaba ante las alumnas como siempre: bien cuidada e imponente. Cada año, las hermanas se esmeraban para que las columnas esculpidas con motivos religiosos estuvieran resplandecientes y así la primera impresión del colegio denotara prestigio.

Hace mucho tiempo, este mismo edificio, ubicado en la comuna de Providencia, le había dado la bienvenida a las hijas de las familias más importantes de Chile al funcionar como un internado. En ese entonces era dirigido por una congregación religiosa, cuyo objetivo era educar a niñas de bien. Con el paso de los años, el internado cerró; no obstante, la institución nunca dejó de funcionar como un establecimiento educativo. Así fue como el prestigioso Internado para señoritas Santa Inés se convirtió en el colegio, uno que destacaba por su servicio a la comunidad y el excelente desempeño académico de sus alumnas.

Exhaló conforme. Se veía bien. A Lennon Montenegro le gustaba su reflejo sobre cualquier superficie. Solo se acomodó los hombros del chaleco color burdeo. Le quedaba un poco grande y eso hacía que se perdiera la bonita insignia plateada que se había ganado.

Durante la segunda semana de enero, le llegó un correo muy formal, en el que le notificaron, a ella y a su familia, que estaba invitada a formar parte de las abanderadas del colegio. Corrió por toda la casa gritando de emoción. Ser abanderada era un honor para cualquier alumna del Santa Inés. Por eso, quería que la insignia que la distinguía como una se notara en todo momento.

La acomodó hasta que quedó derecha y, al sentirse lista, se giró para volver con sus papás.

—Bonitos zapatos, Montenegro. ¿Quién te los prestó? ¿Un cojo?

—¿Y qué con tu uniforme, Cristina? ¿Acaso te vistió un ciego?

Ladeó la cabeza y le enseñó la lengua por entre los dientes. La risa molesta de Rocío, una chica que siempre acompañaba a la tonta de Cristina, se apagó de inmediato. Al no obtener una respuesta que captara su atención, Lennon les dio la espalda. No obstante, apenas se volteó, se encontró con alguien mucho peor.

—Hola, Lennon. Bonita insignia, ¿es mi idea o es igualita a la mía? ¿Quieres mirar más de cerca? Es mucho más linda que tus tontos pines.

Sus pines no eran tontos. Eran lindos y le daban el toque necesario a su mochila para demostrar que era de ella. Cada uno representaba parte de su personalidad y por eso los cuidaba con mucho esmero. Yanis sí que era tonta, desordenada e incapaz de cuidar sus cosas. De seguro la insignia se le iba a perder en menos de una semana.

—Quítate, Yanis. ¿De dónde la robaste? Alguien como tú jamás podría ser nombrada abanderada.

Si el Santa Inés tuviera prefectos como los del colegio al que asistía Harry Potter, estos serían las abanderadas. Claro que sin el sistema de puntos ni casas. Su labor podría parecer simple: llevar los estandartes durante las ceremonias y encargarse de fomentar la disciplina en los pasillos; sin embargo, hacían mucho más. Ellas eran el rostro visible del colegio, las representantes de la comunidad escolar dentro y fuera del establecimiento. Asistían a reuniones importantes y sus opiniones tenían peso. No eran un centro de estudiantes, sino que algo mucho mejor, porque la directiva y el concejo de apoderados elegían a las mejores alumnas, según sus notas y los valores de la congregación, para que formaran parte del grupo.

Todo eso las convertía en la élite, una donde la loca de Yanis Petro no tenía lugar, pues bajo el criterio de nadie ella podía estar al mismo nivel que Lennon.

—Parece que sí, porque se ve tan brillante y bonita como la tuya. Creo que me la pondré en el chaleco, igual que tú. ¿Qué te parece? Ya no tendrás que extrañarme, nos veremos mucho durante este año.

Lennon, como pocas veces, se quedó sin palabras y con la boca medio abierta.

«Qué vergüenza», pensó.

Yanis se dio unos golpecitos en la insignia y acomodó esa abundante melena anaranjada de la que estaba tan orgullosa. Las pecas de su rostro

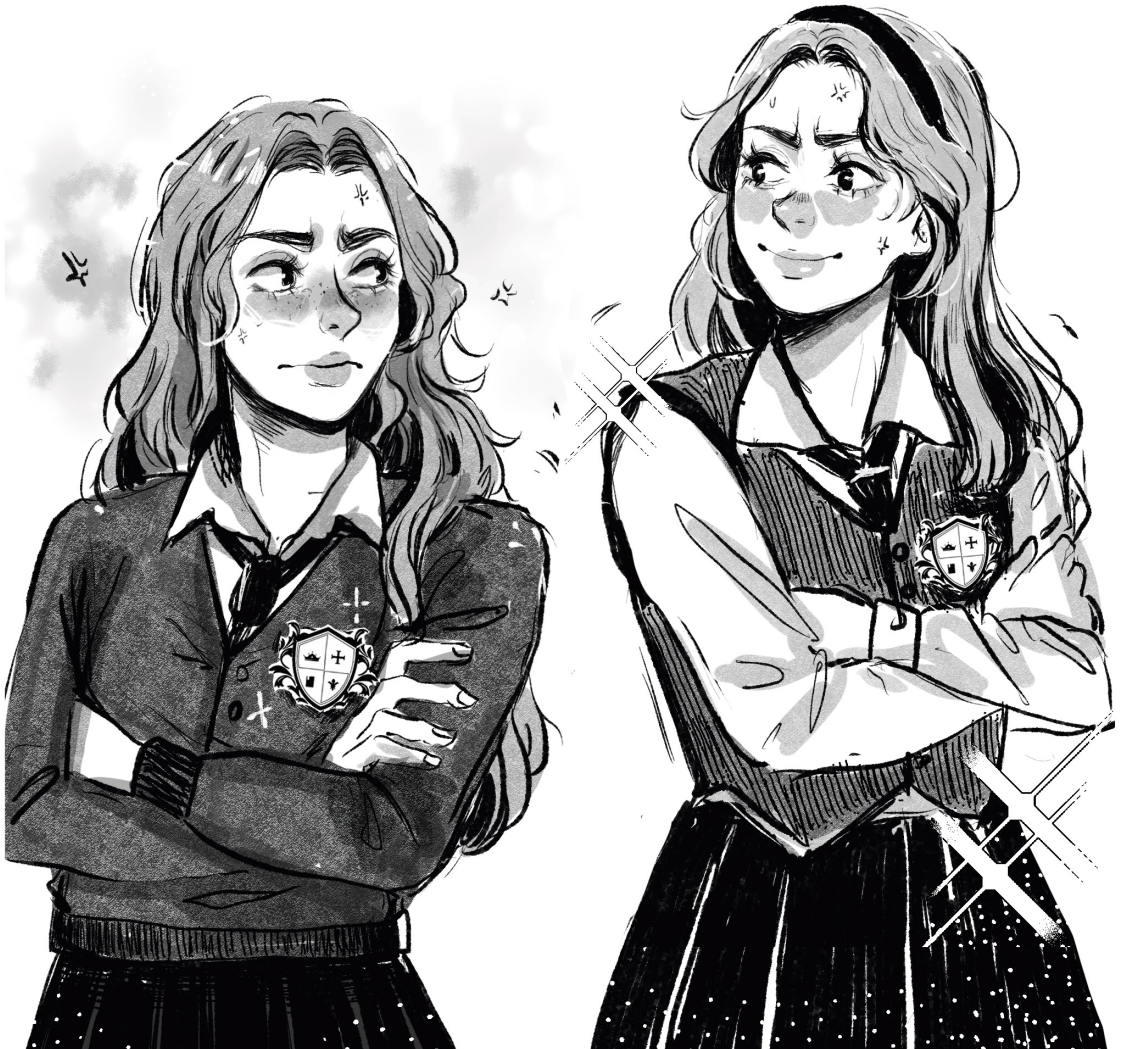
le parecieron tan burlonas como su sonrisa, mientras que sus ojos verdes brillaban triunfantes debido al silencio de Lennon.

—Oye, no pongas esa cara. Será más divertido si estamos juntas.

La colorina se acercó y le acomodó el cabello castaño detrás de la oreja en un gesto que, más que agradable, fue burlesco. Después, le apoyó su mano en el hombro y pasó por su lado para entrar por la puerta principal, donde Cristina y Rocío la esperaban con risas contenidas a causa de su expresión contrariada.

La odiaba tanto que quería gritar hasta quedar disfónica y luego patear algo con mucha fuerza.

—¡Eso, lárguense! —levantó la voz—. Por cierto, Yanis, recuerda que para mantenerte como abanderada debes tener todas tus materias con promedios sobre seis. Yo buscaría una tutora de Matemáticas, a menos que ya hayas aprendido a sumar sin usar los dedos.



Aunque Yanis ya estaba bastante lejos, pudo escucharla. Cuando la miró por sobre el hombro, su sonrisa socarrona había desaparecido y, en vez de darle una respuesta ingeniosa, solo levantó su dedo medio antes de desaparecer por el pasillo.

Lennon alzó su mentón con orgullo porque para ella eso de las notas no era un problema. A diferencia de Yanis, no necesitaba matarse estudiando, solo le hacía falta prestar algo de atención en clases y tomar buenos apuntes para revisarlos un día antes de la prueba. Sus amigas lo consideraban una injusticia; ella, un don.

—Lo siento, Yanis, un leo siempre tiene la última palabra —sentenció de mucho mejor humor.

Estuvo a punto de darse una palmadita en la espalda.

Yanis Petro había pasado a segundo medio, como ella, pero iba en el paralelo, el repudiable «B». Lennon iba en el A, donde se sabía que estaban las mejores alumnas o, al menos, las que tenían mayor potencial académico.

«Qué molesta», pensó, y se fue a donde estaban sus padres.

¿En serio la hermana Isabel, la presidenta de la comitiva de las abanderadas, la había escogido a ella? Hasta Cristina era mejor opción que Yanis. La chica era igual de odiosa, pero menos ocurrente, así que podía hacerla callar con un comentario irónico con mayor facilidad. En cambio, con Yanis las discusiones eran eternas, suspicaces e inteligentes y, aunque le costaba reconocerlo, eso en algún momento le había gustado.

Es que Yanis, a pesar de ser una cabeza de chorlito de apenas un metro sesenta, caminaba por los pasillos del colegio como si fuera dueña hasta del kiosco. Les regalaba una sonrisa encantadora a todas, desde las tías del aseo hasta las alumnas de básica, con tal de caer bien. Exudaba carisma por los poros y lo usaba siempre que podía con tareas como ayudar a hacer aseo en las salas o asistir a las hermanas en la capilla para evitar ser castigada. Con razón había sido elegida abanderada, estuvo luciéndose desde primer año para eso.

Lennon se quejaba siempre del exceso de confianza que tenían las alumnas del B. Como Yanis, eran más bien... promedio, pero aun así actuaban como si pudieran comerse el mundo.

No obstante, si se hubiera hecho una encuesta entre todo el alumnado, la conclusión hubiese sido que Yanis y ella estaban cortadas por la misma tijera, a pesar de lo mucho que se esmeraban en aparentar que no. Lennon usaba con astucia la sonrisa perfectamente alineada —que años de frenillos les costó a sus papás—, su grácil andar y el encanto de sus ojos miel para ser la favorita de su curso y, por ende, la de su profesora jefa, que no era otra más que la hermana Isabel.

Si lo veía así, no eran tan distintas. Tal vez por eso, por un breve periodo de tiempo, fueron algo muy cercano a pololas.

—Ya es tiempo de entrar, *darling*. ¿Está todo bien? —Su mamá vivía hace unos treinta años en Chile, pero su acento inglés aún prevalecía. Aquella voz suave fue como un endulzante para el amargo sabor de boca que le quedaba al pensar en su némesis.

—Sí, mamá, tranquila. Recibirás solo buenos comentarios sobre mí en las reuniones de apoderados.

A su lado, su papá bufó con la misma sonrisa altiva con la que Lennon se había mirado en el reflejo de la puerta de entrada.

—Solo debes ser discreta si no quieres sacar a la luz tu lado rebelde. Dudo que quieras que te echen de tus famosas abanderadas. —Lennon y su papá eran mucho más parecidos; ambos siempre estaban listos para ocupar su carisma a su favor.

Enderezó la espalda y asintió con confianza.

—Usa tus recursos de forma inteligente y preocúpate de tus estudios.

Lennon sonrió apenas sintió el abrazo de su papá y el beso de su mamá en su sien.

—Así será.

Escala de notas: en Chile las evaluaciones son calificadas del 1,0 al 7,0. Las notas inferiores a 4,0 se denominan «rojas» (reprobatorias), mientras que las superiores son «azules» (aprobatorias).

Sistema escolar: se divide en tres niveles, que suman 13 años de formación. El primero es la Educación preescolar, en la que el kínder es el único curso obligatorio. El segundo es la Enseñanza Básica, que comprende desde primero a octavo. El último es la Enseñanza Media, que abarca de primero a cuarto.

2

—¿Yanis Petro? ¿Abanderada? —Martina soltó una fuerte carcajada—. ¡Pero si con suerte sabe deletrear su nombre!

La mañana estuvo demasiado intensa como para que pudieran pasarse unos papelitos en clase. Primero tuvieron que entonar el himno nacional y recitar la oración a María. Luego, en la sala, el discurso de la hermana Isabel fue eterno: que el buen comportamiento, que las horas extras de clases, que la importancia de las notas, que la forma correcta de llevar el uniforme.

Este último mensaje estaba dirigido, sin disimulo alguno, a su amiga Aran, quien llevaba su cabello corto, el *blazer* para actos formales y un pantalón gris, en vez de la falda tableada obligatoria. Según la hermana Isabel, esto último la hacía ver como una herejía ambulante.

A la hermana tampoco le faltó mencionar lo necesario que era mantener un buen ritmo de estudio para la futura Prueba de Acceso a la Educación Superior, o sea, la infame PAES.

Lennon se sentía ahogada, por eso, apenas estuvieron en el patio durante el recreo, se sentó junto a sus amigas en una banca bajo la sombra de un gran naranjo y aprovechó de contarles lo que había pasado con Yanis esa mañana.

En algún punto de su relato, Martina se había descalzado y apoyó sus pies sobre su regazo. Por su lado, Aran leía con las piernas sobre la banca.

—Bueno, eligieron a Lennon —respondió Aran, quien tenía una copia de *El Hobbit* en las manos—. Ya te imaginarás el nivel este año.

—Ja, ja. Perdona, pero yo era la mejor opción.

—No es bueno autoengañarse, bebé. Aran era la mejor opción, solo que las tres sabemos que no la consideraron porque se viste como si llevara el uniforme del San Bartolomé, pero tres tallas más grande. Eso, y que hubiera rechazado el «honor» sin mucha delicadeza.

Aran alzó la mirada, sonrió con picardía y se encogió de hombros. Se veía tan a gusto con la descripción de Martina, que Lennon también se planteó la idea de dejar la falda en casa y usar pantalones todo el año.

Aunque solía esconder sus ojos debajo de su flequillo, el color oscuro de su mirada era realmente encantador. Cuando Aran apareció el semestre anterior con el pelo corto, comenzó a verse cada vez más andrógina, lo que puso nerviosas a las hermanas, como si de a poco se estuviera convirtiendo en un agente del diablo en su querido colegio para señoritas.

Lennon frunció el ceño y apartó las largas piernas de Martina de su regazo. En vez de molestarse, la chica volvió a subirlas y movió sus pies descalzos para regocijarse bien cómoda.

—No, Lennon, no fuiste la segunda opción. Tranquila, no entres en pánico. Has hecho un muy buen trabajo para llegar hasta este momento. Puedes sentirte tan orgullosa como lo has estado desde el anuncio. —La conocía tan bien que había desarrollado el superpoder de calmarla incluso antes de que empezara un brote de inseguridad excepcional.

Lennon enderezó la espalda. El orgullo del que hablaba Aran la hizo crecer un par de centímetros.

—¿De verdad no hubieras aceptado? —le preguntó con los ojos fijos en ella.

—Me hubiera muerto del aburrimiento.

—¿Y no te mueres de aburrimiento con ese tocho que contiene todos los libros que escribió Tolkien en su vida? Puedo perdonar tu constante ausencia en el grupo de WhatsApp, pero no que no me mires cuando estamos hablando.

Aran le dirigió una mueca divertida, luego cerró el libro y lo dejó entre sus piernas.

—Está bien, te miro. Pero antes quiero dejar en claro que en mi defensa, yo tengo un diario de vida propio y no es el grupo de WhatsApp.

—No escucho reclamos hasta mañana —dijo Martina, quien se volvía a poner sus zapatos.

—A fin de año elegimos electivos. Quiero estar preparada para el de Literatura —respondió Aran.

—Aran, estás preparada desde que ganaste el concurso literario con el cuento sobre los capibaras a los siete años. Debes relajarte un poco —puntualizó Lennon.

Aran Orozco hubiera sido una muy buena abanderada, pero no mejor que Lennon. Era tan lista como reservada y guapa como aplicada; sin embargo, todos en el colegio sabían que estaba en una especie de lista negra debido a su forma de expresarse. No parecía molestarle, pero Lennon también podía imaginar lo agotador que debía ser escuchar comentarios despectivos a tus espaldas. Por eso, apreciaba cada instante en el que Aran

se mostraba vulnerable, como en ese momento en que dejaba el libro de lado y se ponía de pie para darle un incómodo abrazo. Fue tan torpe que le sacó una carcajada que contagió a Martina.

—¿Qué te pasa, Aran? —preguntó Lennon.

—Yo también te extrañé y estoy muy orgullosa de que seas la nueva abanderada. —Su respiración le hizo cosquillas en el cuello—. Te lo escribí en un mensaje de Instagram o, tal vez, solo lo pensé.

Y así como cerró el libro, volvió a sentarse para retomar su lectura.

El silencio cayó entre ellas por un momento en que solo escucharon el griterío de las alumnas de básica que jugaban en el patio y el cuchicheo de otros grupos que, como ellas, se ponían al día tras las vacaciones de verano. En febrero, Lennon había ido al Santa Inés a buscar su insignia y lo vio vacío. Solo los administrativos estaban en sus oficinas y sintió frío a pesar de los treinta y cuatro grados de ese día.

Ahora, en medio de la vorágine que acarreaba cada recreo, se sintió rodeada de algo mucho más cálido. Sabía que eso se debía a que le gustaba su colegio, sin importar lo exigente y estricto que era. Le gustaba incluso cuando sentía que el machismo institucional de la Iglesia católica arremetía contra ella y sus compañeras durante los discursos de las monjas. Por un lado, sabía



que el Santa Inés había progresado desde que la directora Sandra asumió su cargo, gracias a que buscaba modernizar la imagen de la institución. Sin embargo, eso no era suficiente para hacer que no fuera pesado convivir con monjas en pleno siglo veintiuno.

—Oigan, tengo una pregunta. —Martina tenía la mano alzada.

Aran despegó los ojos del libro y Lennon se volteó hacia ella. Su amiga hizo una pausa, Lennon pensó que por dramatismo, pero, por el nerviosismo con el que pasaba las manos por su lacio y brillante cabello negro y su forma de mirar a Aran, supo que, en realidad, no sabía muy bien cómo preguntar.

—Aran, ¿ya decidiste tus pronombres?

Ella, sin preocuparse y con toda naturalidad, asintió.

—Ella o elle están bien, aunque tampoco me molesta que me traten de él; las más pequeñas lo hacen y no me desagrada. Mi expresión de género es masculina, pero siento que me falta un género donde encajar. —La pequeña sonrisa en su rostro de a poco se convirtió en una mueca—. Ahora mi nombre es Aran, ya no más Aracelli. Y, la verdad, ni mis papás ni yo creemos que eso lo vayan a entender en el colegio. Pero, qué sé yo, supongo que de a poco las demás se acostumbrarán.

Martina imitó su mueca y Lennon estiró una mano para acariciar los nudillos de su amiga.

—Tratemos de que no sea importante. Nos exigen un millón de cosas, pero no me harán usar ese otro nombre solo porque está en un papel. —No supo si lo que dijo fue lo mejor, pero al menos la sonrisa volvió al rostro de Aran.

—¿Por qué son tan lindas? —exclamó Martina, conmovida—. Me enamoran cada vez que se ponen así de cursis. Las quiero tanto que deberíamos tomar para celebrar.

Lennon aún recordaba la vez que a Martina se le ocurrió probar el vino de la capilla. Tuvieron que escabullirse en la que se encontraba detrás del colegio después de clases. Cuando al fin lo encontraron, se dieron cuenta de que estaba malísimo, y lo peor fue que se ganaron el castigo de limpiar las pizarras de todo el colegio por el resto del semestre.

Desde ese día, el alcohol solo se bebía fuera del colegio y con moderación, porque Martina Rosario con un poco de alcohol era, por no decir lo menos, un espectáculo bochornoso.



—Amiga, debes tratarte ese alcoholismo —le dijo con una sonrisa maliciosa—. En cualquier momento tocan la campana. ¿Cuánto queda para almorzar? Ya me dio hambre.

—¿Y si hacemos la cimarra? —Los ojos de Martina resplandecieron ante la idea—. Nos podemos ir a mi casa. No tengo ensayo en la academia hasta la tarde. ¡Podrían incluso acompañarme! Estamos preparando una coreografía tan brígida, que tengo prohibido morirme antes de presentarla.

Martina no tenía el cuerpo de una bailarina, pero bailaba mejor que ninguna. Desde muy pequeña había pasado por distintas academias de baile, así que, a sus quince años, había aprendido desde ballet clásico hasta flamenco. Ahora estaba en una dedicada al género urbano, a la que asistía al menos tres veces por semana. A Lennon le encantaba mirar las grabaciones de sus prácticas porque era verla como un pez en el agua. Se movía con flexibilidad, precisión, gracia y fluidez; siempre con una sonrisa desafiante que dejaba en claro que su destreza estaba muy por encima de cualquier prejuicio relacionado a su físico.

—Tenemos una abanderada aquí, ya no podemos hacer esas cosas —respondió Aran con un tono burlesco.

—Son muy mala influencia, me sorprende que estén en este colegio —Lennon las señaló, sobre todo a Martina.

—Perdón, ¿acaso debería portarme como una señorita? No pensé que estuviéramos en el siglo quince. ¿Quieres cambiarme por un saco de papas?

—Me iría mucho mejor si te entrego para que te quemen en la plaza pública.

—Eso fue en el siglo diecisiete. Te hace falta una repasadita a algunos libros si quieres que te vaya bien en la prueba de Historia, bebé.

—Sabes que como abanderada puedo poner amonestaciones, ¿no?

—Sí, pero yo soy tu mejor amiga y no te conviene hacerlo. —Martina, llena de confianza, le guiñó un ojo—. Será un excelente año para las tres, ya verán, aunque ahora no podamos escaparnos como antes.

—Lo será. Y, oye tú, no te preocupes por Yanis; si es lista, se mantendrá alejada de ti —agregó Aran sin dejar de pasar las páginas del pesado libro.

—Dijo que mis pines eran tontos.

—Y ella es una subnormal.

Desde que Yanis Petro cruzó la puerta del colegio por primera vez, anduvo por ahí como si le corriera sangre de unicornio por las venas. No tenía nada de eso y era mucho más insegura de lo que aparentaba. Eso lo sabían muy bien sus mejores amigas Cristina Ossa y Rocío Roque, además

de la mismísima Lennon. Yanis se dejaba querer por otros y, apenas ganaba un poco de confianza, no tenía miedo de mostrar todas sus inseguridades. A diferencia de Lennon que, en general, sentía que no tenía nada que ocultar.

Se conocieron en el baño del tercer piso que solo podían usar las de octavo básico, como ellas en ese momento, y las de media. Se miraron a los ojos mientras se lavaban las manos y, de inmediato, supieron que enfrente estaba su némesis. Ante el espejo notaron que eran tan iguales como distintas: el mismo uniforme bien arreglado, el cabello corto sujeto por pinches que despejaban sus ojos, y una mirada que buscaba convencer a todos de que tenían el colegio bajo control.

—Bonita pulsera —dijo Yanis con una sonrisa ladeada.

—Gracias, me la regaló mi abuela —respondió Lennon examinando a la chica con los ojos entrecerrados.

—Ay, qué tierna. Cuando era más chica también usaba las cosas que me hacía mi abuelita.

Fue la primera vez que a Lennon se le revolió el estómago al oír la risa de alguien. Se sacudió sin tener cuidado de no salpicarla y caminó hasta la salida.

—Adiós. Por cierto, los baños de primero básico están abajo. Estos te quedan muy altos.

Yanis odiaba que se metieran con su estatura. Lennon odiaba que la trataran como a una niñita.

Competían en las clases que, de vez en cuando, les tocaba compartir; se chocaban en los pasillos a propósito y buscaban excusas para pelearse porque ninguna podía tolerar que la otra llamara más la atención. Sin embargo, hace un año, durante su primer semestre de enseñanza media, se la pasaron más en castigo que pavoneándose por el patio.

Solas, mientras limpiaban parte de la biblioteca, dejaron de mirarse con odio y lo que primero fue una competencia se convirtió en tensión, una que provocó que, ante la más mínima chispa, se comieran la boca con urgencia en más de una ocasión.

Y es que, al estar en un colegio de monjas, todo parecía intensificarse. Sobre todo la curiosidad por lo que era considerado prohibido.

Salieron por cuatro meses. No fueron pololas, pero sí algo parecido. Además, nadie, aparte de ellas y sus amigas, sabía que tenían algo. Ni hablar de los papás de Yanis, después de todo, la chica aún era incapaz de confesarles que le gustaban las mujeres. De alguna forma, esto hizo que para Lennon la relación fuera más en serio, pues quería que fuese algo importante.

Sin embargo, Yanis terminó por patearla a la salida del colegio con la excusa de que, en realidad, nunca habían formalizado nada. Lennon no supo qué decir, hasta que al día siguiente se vengó con un efectivo golpe en la nariz antes de la oración matutina. Terminó en la enfermería con la mano hinchada junto a una camilla donde estaba Yanis, a quien no le paraba de sangrar la nariz.

—Señorita Montenegro, así no se comporta una dama. No sé qué habrá pasado entre ustedes, pero no deben pelear de esta forma —gritaba la hermana Iris, la enfermera, antes de que los apoderados de cada una llegasen.

Yanis miró de reojo a Lennon y ambas se encogieron de hombros a la vez. Luego de eso, todo volvió a su curso natural.

Fue difícil sacarse los besos de Yanis de la cabeza, pero muy fácil sacarla de su corazón; tal vez porque nunca llegó hasta ahí. Así que Lennon, como si hubiera hecho una pausa, retomó su viejo hábito de soñar con aquella otra chica mayor e inalcanzable.

—¿En qué piensas? —le preguntó Martina con sus oscuros ojos cargados de «sé lo que piensas», mientras subían las escaleras para volver a su sala.

—En nada —dijo rápido. Dispuesta a cambiar el tema de conversación, tomó un mechón del cabello de Martina—. ¿Qué tan largo te lo quieres dejar? Me encanta como se te ondula en las puntas.

Aún así, no pudo engañar a su amiga.

—¿Todavía, Lennon Montenegro? Conozco esa cara. Me duele decírtelo, pero este año tampoco va a pasar.

Abrió la boca para excusarse, pero terminó soltando un suspiro para quitarle importancia al asunto. Se fue a sentar en su puesto justo cuando la profesora de Biología entraba a la sala.

—¿Qué tal, niñas? ¿Estuvieron bien las vacaciones?

Como primer día de clases, las respuestas animadas no tardaron en llegar. La profesora contó que no estaría con ellas por mucho tiempo dado su embarazo, así que quería empezar de inmediato con la materia del curso. Una queja generalizada se escuchó, contraria a la emoción con la que respondieron en un inicio.

Lennon resopló resignada y comenzó a tomar apuntes. No obstante, no alcanzó a terminar de anotar la primera fase de una mitosis cuando alguien golpeó la puerta. La profesora dejó el libro que tenía en la mano sobre la mesa y fue a abrir.

—¿Lennon Montenegro? —La profesora la buscó por la sala—. La necesitan en inspectoría.

Todas sus compañeras se dedicaron a soltar un «ooooh», como si la llamaran por algo malo. En realidad, no debía preocuparse porque, al salir de la sala, se encontró con una chica de sonrisa amable.

—Espero haberte sacado de una clase muy aburrida; son las ventajas de ser abanderada. Soy Sofía Ruíz, por cierto. Tenemos que ir a ensayar la bienvenida del nuevo año escolar. —La chica se pasó las manos por sus orejas para acomodarse el cabello—. Cosas de todos los años, ya sabes. Tranquila, que no es para nada difícil. La única novedad es que vinieron los del San Bartolomé para que podamos «socializar con el sexo opuesto», ya sabes, como si ya no lo hiciéramos. —Su risa era contagiosa—. Perdón si hablo mucho. Ven, vamos al gimnasio.

Claro que sabía quién era. Sofía Ruiz no solo llevaba toda su enseñanza media como abanderada, sino que lo hacía con una dedicación admirable. Por esa razón, era su favorita. A Lennon le encantaban sus ojos rasgados, sus lentes con un marco rosa pálido, cómo lucía trenzado su pelo rubio y lo concentrada que se veía cuando llevaba el estandarte del colegio. Le encantaba ese aire de seriedad que transmitía porque, a pesar de ese temple altivo, Sofía era amable y siempre estaba dispuesta a ayudar en lo que fuera necesario.

—¿Estás emocionada? —La chica interrumpió sus pensamientos mientras caminaban hacia el gimnasio.

—Un poco. Creo que estoy más nerviosa.

—Tranquila, es normal. Los nervios se van luego de la primera reunión y ceremonia, luego se vuelve un poco rutinario.

Caminaron en silencio hasta que llegaron al gimnasio, donde se encontraba el resto de abanderadas. Junto a ellas estaba la hermana Isabel, quien revisaba unos papeles lejos del murmullo de las alumnas.

—Ven, te presentaré. No quedamos muchas del año pasado, pero, créeme, las nuevas están tan nerviosas como tú. Contigo son seis en total. No sé aún qué ubicación tendrán, es la hermana Isabel la que determina esas cosas, pero sea cual sea, lo haremos bien.

Cerca de la entrada, estaban reunidos los quince chicos del San Bartolomé, el colegio para varones de enfrente. El que de seguro era el líder se encontraba parado al lado de las banderas.

Claro, las banderas eran parte fundamental de ser una abanderada. Se veían tan lindas que parecían brillar en cada ceremonia. Nunca faltaban en las misas, eventos, efemérides y cualquier otra instancia formal del colegio. Eran cuatro —la del Vaticano, de la Virgen María, el estandarte del colegio y la chilena—, y cada una tenía a su lado siempre a dos escoltas. Desde que

se puso la insignia, quiso la bandera de la Virgen, porque era rosa y celeste, aunque la del Vaticano también estaría bien; le gustaba el amarillo.

—¿Ya sabes cuál llevarás o si serás escolta? —Lennon se sobresaltó al escuchar la voz de un chico que apareció detrás de ella.

Negó con la cabeza.

—Aún no lo sé. ¿Se puede elegir?

—Yo elegí el estandarte del San Bartolomé, pero ser escolta también está muy bien.

Le hubiera encantado seguir con la conversación, de no ser porque justo, por el rabillo del ojo, la vio.

Como siempre, llevaba el uniforme desordenado y el pelo negro con unas mechas rubias que la directora no había podido conseguir que se tiñera. Lennon necesitaba, tanto como respirar, saber qué hacía ahí si no era abanderada y por qué se acercaba con el ceño fruncido a un chico.

Dios, es que no era un chico cualquiera. Era *su* chico.

Iba a vomitar sus órganos en medio del gimnasio, justo ahí, entre el alumno del San Bartolomé que seguía habla que habla y la bandera del Vaticano.

La chica le hizo un gesto y Elías Torres la siguió como si fueran juntos al patíbulo.

Lennon tragó saliva y se afirmó el estómago con ambas manos.

—Si preguntan por mí, fui al baño urgente.

3

Al salir del gimnasio, chocó de frente con una de las personas que menos quería ver en su vida. Hasta Yanis era mejor opción que Miguel Soto, un chico de fulminantes ojos grises que, en pocas palabras, la odiaba.

Tenía sus razones.

Para evitar que cayera por el choque, Miguel la tomó por los brazos, pero, como si quemara, la soltó cuando la reconoció. Su mirada se cargó de resentimiento, uno que a Lennon le daba igual, porque la preocupación de perder a Elías de vista era mucho mayor.

—Lennon —la saludó con indiferencia.

—¿Cómo has estado, Miguel?

—Mejor, aunque ahora que tengo que toparme contigo por culpa de los abanderados, no sé si tanto.

—Me parece una lástima, pido disculpas por causar indigestión con mi presencia.

—Siempre tan listilla.

«Dios, Miguel». Tenía que llegar el día en que la superara. Por lo visto, ni el verano había sido suficiente.

Tras terminar con Yanis, quiso olvidarse de la idea de ser lesbiana. Por un lado, tenía el corazón machucado, pero también, luego de una reflexión con una de las hermanas, recordó la culpa que experimentaba al sentirse atraída por otras mujeres. No tenía que ver con lo que opinaban en su casa, su papá solo le había dicho: «Con lo femenina que eres», mientras que su mamá le hizo jurar que no expresaría sus preferencias en el colegio debido a lo que pudieran opinar las hermanas.

Lennon siempre fue discreta, pero algunas compañeras no temían ser más evidentes. Algunas relaciones eran secretos a voces que las monjas preferían, en muchos casos, ignorar ante la falta de pruebas. No obstante, eso no quitaba el hecho de que más de alguna hermana soltaba comentarios retrógrados y homófobos. Como la hermana Katherine, la subdirectora

del colegio, que frente al cuarto A, donde se rumoreaba que había más de una lesbiana, dio una cátedra sobre cómo el hombre y la mujer eran un complemento que Dios creó y que todo lo demás no era más que una perversión.

Si hubiera llegado hasta ahí, hubiese quedado como un discurso típico del Santa Inés, pero con voz fría terminó por decir: «Si alguna de ustedes va por ese camino, aún está a tiempo de pedir ayuda. Sino me temo que, para que no se pudra el cajón, tendremos que sacar la manzana podrida».

Fue Amanda Quiroz quien la enfrentó y dijo: «Aquí preferimos pudrirnos todas en vez de ser tocadas por su falsa mano purificadora». La chica se ganó el apoyo de sus compañeras, el recuerdo de todo el colegio por la emblemática respuesta y un castigo ejemplar de una semana.

Lennon, lejos de reírse con las demás el día que escuchó la anécdota, se volvió a sentir en conflicto por ser «la manzana podrida», así que se buscó un pololo.

En más de una ocasión le dijeron que Miguel tenía un *crush* enorme con ella, así que como el chico le parecía bonito y agradable, durante un carrete lo invitó a tomarse una cerveza de esas sin alcohol que compraba su mamá. Luego de un mes, le pareció buena idea aceptar ser su polola, a pesar de que nunca le hubiera dado ni un piquito.

¿Era necesario explicar más? Lo hizo todo mal. Lo besó casi por obligación mientras jugaban a la botellita y ni siquiera fue capaz de abrir la boca. Luego, ya que estudiaban en colegios distintos, se escondía las veces que Miguel iba a buscarla con tal de no pasar tiempo con él. Aran estaba aburrida de inventar excusas por ella y Martina le dejó de hablar porque le parecía horrorosa su nula responsabilidad afectiva. Al final, cuando pensó que no podía equivocarse más, olvidó su cumpleaños.

Después de eso, Miguel la pateó en pleno gimnasio durante una fiesta del San Bartolomé. Lennon no dijo nada, se lo merecía por bruja, así que esperó hasta el final de curso para pedirle perdón por su incompetencia y ser absolutamente lesbiana.

—Bacán, fue un gran encuentro, pero ahora tengo que ir al baño. Tú ya sabes cómo son esas cosas.

Ni siquiera lo miró y siguió por el pasillo.

Maldijo entre dientes. Ahora que había perdido a Elías de vista no sabía dónde se había metido. El pasillo tenía tantas puertas que tuvo que afinar su oído y su vista para dar con él. Entonces la vio: una puerta que siempre permanecía cerrada ahora estaba entreabierta. Todas las alumnas pasaban por fuera de la sala sin prestarle mucha atención, después de todo, nunca se usaba por la grieta que se había hecho en la pared a causa del terremoto del 2010, pero ahora, ante sus ojos, parecía brillar.

Nerviosa se acomodó su chaleco y se aferró al borde de las mangas, como si eso la ayudara a protegerse del frío que le provocaban los nervios. Aun así, enderezó su insignia de abanderada, cerró los ojos y se acercó para escuchar.

Primero oyó la voz de un chico, luego... ¿un sollozo? No. Era la voz de alguien más. Ligera, calmada, constante y, después, silencio.

Como una escurridiza serpiente, presa por la curiosidad, se acercó para husmear. Pensó en echarse para atrás al reconocer el sonido de un beso; sin embargo, avanzó hasta poder verlos por la rendija de la puerta.

No era una imagen que no reconociera. La vio por años y siempre la ponía de mal humor. Él solía abrazarla para mantenerla pegada a él y sus manos se cerraban en su espalda al besarla sin pudor ni decoro frente al Colegio para señoritas Santa Inés. A pesar de que el comportamiento de Elías le parecía un acto reprochable, Lennon, se quedaba hipnotizada por la pareja si es que se la topaba. Aunque le doliera, la observaba incluso cuando los encontraba sentados en la plaza que estaba entre ambos colegios y la mano morena de Elías se perdía sutilmente bajo su falda.

Esa chica.

La chica.

Olivia Ponce.

Pudriría el cajón de mil manzanas por ella.

Se le apretaba el estómago cada vez que pensaba en ella, así que cerró los ojos con fuerza y sacudió la cabeza, dispuesta a marcharse tal como en esas otras ocasiones. Solo que esta vez hizo algo distinto: los miró una última vez y se dio cuenta de que ahora las manos de Olivia no tocaban al chico; ella ni siquiera le correspondía el beso.

—Elías, no hagas esto más difícil —le dijo y Lennon, de un salto, se echó para atrás.

—Mierda, Olivia, quieres botar cinco años a la basura. ¿No podríamos hablarlo antes? ¿No podrías dejarme opinar al respecto?

«Santa Virgen de todo lo bueno».

El corazón le dio un doloroso vuelco que la dejó sin respiración. ¿Qué estaba pasando ahí dentro? Fuera lo que fuera, era mejor marcharse. Si tan solo su cuerpo hubiese respondido, sin duda lo habría hecho. Estaba petrificada, aunque con los sentidos alerta.

Y es que la curiosidad era una cualidad hambrienta e insaciable.

—No se trata de eso.

—¿De qué entonces?

—No me hagas repetirlo.

¿Ya se lo había dicho? ¿Entonces se perdió la mejor parte? Lennon chasqueó la lengua desilusionada, sin darse cuenta de que eso fue suficiente para llamar la atención de la pareja.

—No es suficiente.

—Espera —lo cortó Olivia con los ojos clavados en la puerta.

Con un movimiento sencillo pero eficaz, la abrió por completo, lo que dejó a Lennon expuesta frente a ellos.

—¿Qué haces aquí, Lennon?

«Ay, Diosito». Qué bonito sonaba su nombre en su boca.

Hace muchos, muchos años, un señor que vendía artesanías en la playa le dijo que existía un amor perfecto. Tan perfecto que solo se podía vivir en el mundo de las ideas, es decir, nunca sería un amor posible.

Lennon tenía uno y estaba justo enfrente.

Olivia Ponce. La Olivia Ponce que se sentaba en el trono de su corazón, a la que se lo daría para que hiciera con él lo que quisiera. *Esa* Olivia era perfecta: lista, ambiciosa, graciosa, buena amiga, misteriosa. Algunos pensaban que también era fría y desinteresada, pero ella podía probar lo contrario.

Pasó en séptimo básico, tres años atrás, cuando acababa de llegar al colegio. Lennon se perdía todo el tiempo por los pasillos porque el edificio era demasiado grande. Una tarde de invierno, de esas que oscurecen temprano, mientras esperaba a su papá, Lennon tropezó con la reja de una alcantarilla y su pie quedó atrapado como si hubiera caído en una ratonera.

Se angustió porque no podía salir sola. Hubiese llorado de no haber sido por unos pasos que se acercaban a ella.

—Ya te acostumbrarás, debes hacerlo —le dijo Olivia al ayudarla a sacar su pie con cuidado—. ¿Conoces Hogwarts? Dicen que hay que acostumbrarse a él, en este colegio pasa lo mismo.

Se quedó muda luego de ponerse de pie y no fue capaz de darle las gracias, a pesar de que sus padres le enseñaron a ser agradecida. Tampoco dijo algo después de terminar de sacudir su ropa ni al caminar en silencio hasta a la entrada del colegio, donde su papá ya la esperaba.

—¿Cómo te llamas?

—Le-Lennon Montenegro. Lennon, como el beatle.

—Que estés bien, Lennon Montenegro. Ten cuidado para la próxima.

Tras subir al auto, su papá preguntó qué le había pasado y le revisó el pie, pero no tenía nada. Al menos no físicamente, porque al fin entendía lo que era un amor platónico, ese que solo se vive en el mundo de las ideas.

Y nunca le dio las gracias.

Desde aquel día esa escena vivía libre en su cabeza. «Olivia Ponce» escribió en un pedacito de papel que aún guardaba en su ejemplar de *Harry Potter y la piedra filosofal*, la lectura obligatoria de Lenguaje de ese mes. Con el paso del año también anotó en la misma hojita que no dejaba que nadie la llamara Oli a excepción de su madre; que iba en primero medio B; que su ramo favorito era Biología y que sus mejores amigas eran las gemelas de su curso Paz y Paloma. Al final, también anotó que tenía un pololo en el colegio de enfrente llamado Elías Torres, pero luego lo tachó.

Esa hojita se multiplicó con los años y las guardó con mucho cuidado en su agenda. La de este y la de todos los últimos tres años.

—¿Yo? ¿Qué? ¡Oh, lo siento mucho! Estaba... Hacía cosas de abanderada y me perdí —dijo al fin repuesta del impacto. Lennon le dio unos golpecitos a su insignia—. Soy la nueva abanderada. Elías está aquí por eso..., ¿no?

El chico la miró como si quisiera taladrarle el cráneo.

—¿Tú? —dijo Olivia con una ceja alzada.

¿Por qué a todas les sorprendía?

—Pensé que elegirían a la otra chica. ¿Aracelli se llama? Parecía una buena opción.

Se hubiese indignado, pero Olivia estiró un brazo y enderezó su insignia, como si aquel gesto no fuera la gran cosa.

—Aran. Aracelli es su *deadname*, o sea, y-ya no quiere que la ll-llamen así —tartamudeó, tensa ante la cercanía de su mano—. Además, si fuera elegida, solo para no aburrirse, iniciaría un complot contra el colegio, así que fui elegida yo.

—Y nada tiene que ver su apariencia, claro.

Tragó saliva y sonrió trémula como en cada interacción que tenía con ella. Debía salir de ahí, pero ¿cómo podría hacerlo si aún nadie le daba una pista para confirmar lo que tenía en mente?

—Bueno, yo... ya me voy. Perdón por interrumpir.

—No, quédate, mejor me voy yo —dijo Elías de golpe, sin dejar de mirar el suelo.

—Elías...

—No, Oli, está bien. Terminar conmigo el primer día de clases sin duda es la mejor idea que has tenido en años.

«¡Le dijo Oli! ¿Con qué derecho?».

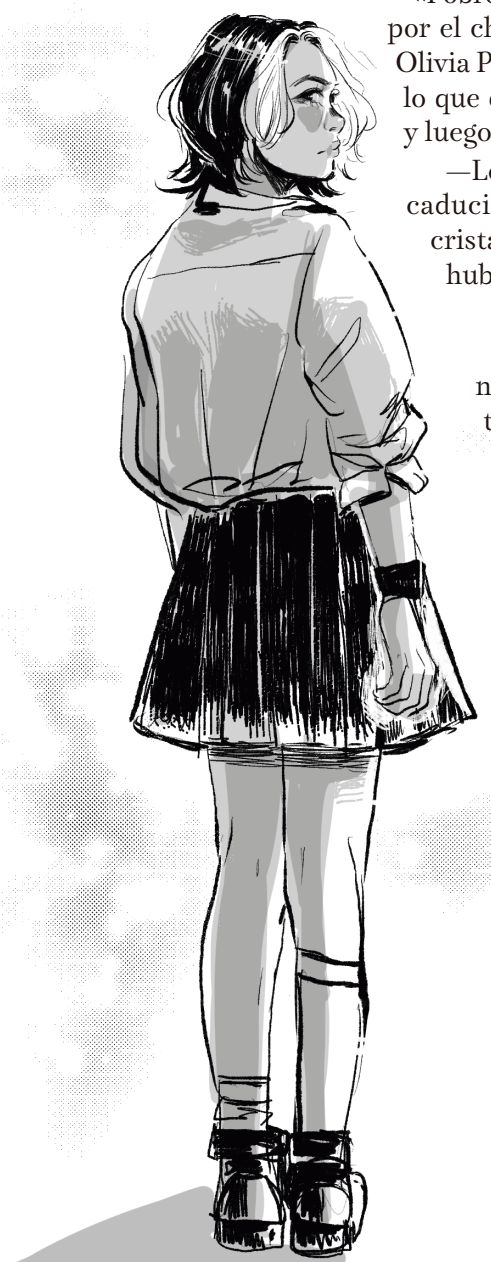
No quería ser impertinente, pero sus manos se fueron a su boca. Fingió un estornudo bastante malo y luego tosió como si estuviera enferma. Quería gritar, correr a contarle a sus amigas, hacerse invisible, ponerse a llorar.

Todo al mismo tiempo. Sin embargo, solo pudo hacerse a un lado para que Elías saliera de la sala.

—¡Bacán! —en la voz de Olivia se coló el sarcasmo.

—Bueno, el primer día casi no hacemos nada, así que en teoría no es el primer día de clases —carraspeó nerviosa, solo por romper el pesado silencio que cayó en el lugar.

Olivia miraba, sin pestañear, por donde Elías se había marchado, pero Lennon no podía dejar de mirarla a ella.



«Pobre Elías», pensó. Sentía un poco de lástima por el chico. Sabía lo doloroso que era no tener a Olivia Ponce; sin embargo, no podía ni imaginarse lo que debía sentirse el tenerla por tanto tiempo y luego perderla.

—Los sentimientos también tienen fecha de caducidad, Lennon. —Sus ojos se veían fríos y cristalinos, como si las lágrimas de Elías se le hubieran contagiado.

—¿En... en serio terminaron? ¿Por qué?

—Eso a ti no te incumbe —Olivia Ponce no dijo nada más, solo pasó por su lado y también se marchó.

4

—¡Olivia Ponce está soltera!

—¿Y eso a mí qué me importa?

—Después de todos estos años, ya era hora.

—¿Dónde estabas?

—Soy abanderada, tuve que practicar el acto de bienvenida de mañana con los del San Bartolomé, entre esos estaba su ahora ex. —Lennon no perdió oportunidad para remarcar la palabra—. Y así supe ¡que ya no son pololos! ¿Me escucharon? ¡Olivia.Ponce.está.soltera!

Repitió más lento y con los ojos bien abiertos, entre brincos y aplausos, como si estuviera anunciando el fin de la Segunda Guerra Mundial. No obstante, y a pesar de lo burbujeante y emocionada que se sentía, ninguna de sus amigas dijo algo y solo continuaron pendientes de sus almuerzos. Comían en total calma, ajenas incluso al bullicioso comedor.

—¿No me dirán algo? Entré a la sala y ahí estaban. Pensé que solo se besaba con Elías, ya que él estaba por aquí, pero no... O sea, sí, pero luego él la apartó. Estaba a punto de ponerse a llorar, y todo porque ella terminó con él durante el primer día de su último año en el colegio. No en este, en el suyo. ¿Y ustedes no van a reaccionar?

—¿Terminaron —preguntó Aran con la cabeza ladeada— y a la vez se besaban?

—¡Ay, qué lateros! ¿Ni en plena ruptura pueden dejar de besarse? —Martina se cruzó de brazos, como ofendida.

—Estaba a punto de llorar, dije.

—La gente pelea, se reconcilia, se besa. ¿Estás segura de que terminaron? —Lennon pudo ver la preocupación en los ojos de su mejor amiga.

—No me mires así, no tuve un brote psicótico. Le dijo literal: «Terminar conmigo el primer día de clases sin duda es la mejor idea que has tenido en años». —Se mordió el labio para contener la sonrisa—. Lo memoricé.

Con las manos apretadas sobre la mesa del comedor, vio que el par de chicas alzaba el cuello para ver hacia la mesa donde Olivia estaba sentada. Lennon no quiso voltearse, a pesar de que Martina sonreía maliciosa al acomodarse de nuevo en el asiento.

—Me encanta ese momento en que la gente se viene abajo por un corazón roto.

—Lo dices porque no tienes sentimientos —dijo Lennon con el ceño fruncido, pero sin poder borrar la emoción que le impedía sentarse aún.

—Gracias.

Aunque le desagradaba la idea de que Olivia pudiera estar triste o, peor aún, arrepentida de haber terminado con Elías, la verdad era que anhelaba verla. Inquieta, movía la pierna bajo la mesa y se llevó las manos a la boca para ocultar la enorme sonrisa que amenazaba con escapar de su rostro.

—¿Me pueden recordar por qué esto nos importa tanto? —La atención de Lennon volvió a Aran con la pregunta.

—Ah, yo lo hago con gusto.

Oh, no. Martina había leído su mente y ahora la expondría. Su amiga se hizo su negro y largo cabello hacia atrás, como si se estuviera preparando, y se aclaró la garganta. Entonces Lennon se cubrió el resto de la cara para esconder la vergüenza.

—Mira, lo que tienes ante tus ojos es un espécimen triste e ingenuo, pues cree que la chica que le ha gustado toda la vida se fijará en ella ahora que terminó con el hombre con el que, probablemente, quería formar una familia.

—¿Todavía?

—Todavía —respondió Lennon y separó los dedos para verle—. ¡Y no soy un triste espécimen!

—Pero, entonces Yanis... ¿no fue nada? ¿No te gustó de verdad nunca? —Aran la miró con los ojos entrecerrados y los hombros tensos, como si le preguntara algo de vital importancia.

—Claro que me gustó, pero nunca así. ¿Qué más da eso ahora?

—Esa es la diferencia entre interés y amor.

—¡No hables como si te hubieras enamorado, Martina Rosario!

Aran se relajó y Martina soltó una risita divertida antes de estirar una mano para tirar de la oreja de Lennon.

—¡Ay! ¿Por qué hiciste eso?

—Despierta, Montenegro. Esto no significa nada, debes bajar un poco de tu nube antes de que te des contra el piso.

Lennon se sobó la oreja. El jalón le dolió, pero no tanto como las palabras realistas de su amiga. Martina era práctica, terrenal y concisa a pesar de ser Aries, así que, sí, era dura, pero alguien debía devolverla a la tierra.

—Ni siquiera sabemos si le gustan las chicas —dijo Aran—. Tal vez ni ella lo sepa, ha estado toda su vida con un hombre.

—Sí lo sabe. —Una voz las interrumpió de golpe—. Le gustan.

Lennon estuvo a punto de lanzarle el cuchillo con el que Aran cortaba su comida, demasiado avergonzada por la conversación que mantenían sin cuidado alguno en pleno comedor. Sin embargo, los ojos de Bárbara la hicieron volver a la calma.

Bárbara Herrera tenía unos ojos tan verdes que se veían radioactivos y una sonrisa tan amplia que, si abría la boca, sería capaz de comerse a Lennon. Era peligrosa, pero súper útil cuando uno quería averiguar lo que fuera sobre algo o alguien. Esa mochila que llevaba a cuestas estaba llena de rumores y secretos. Podías preguntarle lo que quisieras y siempre te daría una respuesta.

—Soy su compañera de curso. El año pasado, cuando tuvimos la gira de estudios, todas aprendimos algo de las otras.

Lennon pestañeó un montón de veces, feliz. ¿Cómo podría bajar de su nube en estas circunstancias?

—¡Bárbara! ¿Tú sabes si...?

—No diré nada más sin obtener algo a cambio. —Oh, claro. Esa era la forma de operar de Bárbara desde siempre. Sigilosa como una comadreja, escuchaba y observaba para luego intercambiar información por cualquier cosa que necesitara.

Lennon Montenegro lo supo cuando, en séptimo básico, Bárbara le ofreció datos importantes sobre la silenciosa y misteriosa Olivia Ponce a cambio de tres barras de chocolate y una tarjeta de colección de Charizard, muy escasas por ese entonces. De seguro tendría que pagarle para que no dijera nada de lo que les había escuchado hablar.

—Hoy te daré una prueba gratis, Lennon de mi corazón. Eso que tienes ahí me será muy útil este último año. —Sus ojos se clavaron en su insignia de abanderada—. Las cosas entre él y Olivia no iban bien desde finales del año pasado. De hecho, todas cachamos que iban a terminar desde que se pelearon en el carrete de final de curso que hizo Tamara del cuarto A.

—¡Ya basta! No te aproveches de su ingenuidad —dijo Martina. Ahora ella la señaló con el cuchillo que Lennon había sujetado en sus manos—. Aran, dile algo.

—Ya, pero ¿de verdad le gustan las chicas? ¿Cómo puedo confiar en ti?

—¡Aran!

—¿Qué? Sin mí hubiera repetido el año pasado —dijo su amiga y Lennon deseó inclinarse para besar su cerebro.

—¿Te he mentido alguna vez, Aran? —empezó Bárbara, pero pronto guardó silencio y miró por encima del hombro de Lennon.

Olivia estaba parada justo detrás de ella. Lo supo porque sus amigas palidecieron y porque podía reconocer su voz entre cualquiera a pesar del bullicio del comedor.

—Estoy por completo segura, Paloma, ya terminé con él. Córtala. Ahora, ¿puedes dejarme comer tranquila? Tengo hambre.

Bárbara hizo una mueca divertida, Martina apenas podía pestañear y Aran escondió el rostro en *El Hobbit* que tenía al lado de su pote de comida.

Las conversaciones que se sobreponían en el comedor eran como ruido blanco, incluso mientras se atenuaban poco a poco a medida que algunas alumnas empezaban a salir para terminar el receso en el patio y aprovechar el sol.

Paloma se dio la vuelta y Olivia soltó un suspiro.

—¿Hay alguien aquí? —De manera inesperada, Olivia le dirigió la palabra. No esperó respuesta, solo se sentó en la larga mesa que compartía con sus amigas y, en silencio, comenzó a comer.

Lennon dejó de respirar, por lo que Martina tuvo que darle una patadita debajo de la mesa para reiniciarle el cerebro. Gracias a eso, pudo hablar y no quedar como una idiota frente a Olivia.

—Yo... ah, bueno... nosotras ya nos vamos —la voz le temblaba cuando tomó su mochila.

Le hubiera encantado preguntarle si estaba bien o si necesitaba algo, pero no pudo. Así que, finalmente, dirigió una mirada a Martina y Aran,

quienes comprendieron al instante que era hora de marcharse, y se alejó dejando casi la mitad de su comida sin tocar.

Este era el último año de Olivia Ponce en el colegio, después sería muy, muy difícil volver a verla. En realidad, Santiago no era tan pequeño como todos decían, así que las posibilidades de encontrarla eran nulas para Lennon.

Debía hacerlo ahora.

Un beso.

Solo uno.

Un beso sería suficiente.


Abril